

de los Estados Unidos, para darse cuenta de que las deudas de guerra son una maldición grande y siniestra. El clamor se oye. Alemania ha redactado un manifiesto en que glosa los términos de las Reparaciones en una forma enérgica, que llamarán subversiva muchos timoratos. Y el Gobierno alemán no procede así por su propia resolución. La nación entera clama contra las Reparaciones y el Gobierno sigue ese clamor imperativo. "Se ha llegado ya—dice el manifiesto de 6 de junio en curso—al límite de las privaciones que hemos impuesto a nuestro pueblo". Esto no se le dice al pueblo alemán, sino al mundo. Es necesario que ese mundo al cual acaba de hablar el Presidente Hoover ofreciéndole un Plan, sepa que otro Plan también de factura norteamericana, el Plan Young, hizo cálculos ilusorios cuando impuso a Alemania sus pagos escalonados. Se fió en el desarrollo creciente de la industria, en la expansión del comercio, en el florecimiento de la agricultura. Y la crisis grande que se señorea ha hecho burla de todos los cálculos del gran Young. Alemania está imposibilitada para seguir dando sus cuotas semestrales por Reparaciones. Y esa imposibilidad la hace hablar fuerte, tanto que al juzgar como "tributos" esas cuotas, la prensa estadounidense ha dicho que son términos registrados tan sólo en las publicaciones Nacionalistas y Fascistas alemanas.

Y Alemania no puede sufrir ninguna conmoción social. Librela del nacionalismo, librela del facismo, porque todo eso trae deliberación y ésta lleva a los extremos terribles a que llevó a Rusia. En presencia de esas afirmaciones rotundas del Gobierno alemán, los Estados Unidos han pensado que lo mejor es que su Presidente proponga un Plan. No puede ocurrir nada parecido a lo de Rusia. Fuera de los miles de millones de dólares que quedarían sin pagar, vendría una paralización del comercio que los Estados Unidos hacen con Alemania. No es natural dejar perecer a Alemania. La plutocracia yanqui ha debido alarmarse con las declaraciones del Gobierno alemán y ha lanzado a su agente más eficaz, al Presidente, a formular un Plan.

¡ Plan Hoover ! ¿ Para salvar a quién ? No creemos como los periodistas y los hombres públicos nuestros que es para salvar a las naciones europeas. Los Estados Unidos no intervienen en ninguno de los continentes con fines humanitarios que los hagan aparecer llenos de majestad, que les den en verdad majestad. A Europa llegan a hacer negocios y un negocio enorme, colosal, es el de proteger las deudas de guerra. A América vienen a conquistarnos, lo mismo que a Filipinas van a ejercer su dominio sin control. La plutocracia que tiene su sede en Wall Street mueve esas grandes ideas por medio de los hombres que están identificados con sus designios. Por eso pronto se adivina que no hay en verdad empeño en ayudar. De no ser, las naciones europeas comprendidas en el Plan Hoover, tributa-

rias de Wall Street en una forma tan desproporcionada, la suerte de esos pueblos no estaría preocupando a ningún Presidente. A Europa han ido a salvar sus tesoros. El ejemplo dado por Rusia es aterrador. Y si a Inglaterra le corrió la suerte dura que le corrió, no puede esperarse que sea diferente el trato que diera una Alemania, o una Francia movida por grande conmociones sociales. Lo que la previsión una previsión expeditiva, aconseja es decir que se está preocupado por tanto pueblo mordido por la miseria. Y decirlo por boca del Presidente la República para que nadie dude de que es la Nación entera la que ofrece su ayuda. Pero es tan tardía la ayuda, es tan visible la capa que oculta los verdaderos móviles de ella, que en el Plan formulado sólo se piensa con desconfianza. Al Presidente Hoover le interesa enormemente ser dócil a la voluntad de la plutocracia yanqui, porque anhela una segunda Presidencia. Los banqueros, los grandes industriales, pueden con sus infinitos recursos dejarlo que continúe si hay en él obediencia y habla con solemnidad cuando ellos se lo piden. Hoy pone su firma en un Plan que ha de colmar de bienes a Europa; mañana, en vísperas de la convención que lo ha de designar candidato por el mandato de esa plutocracia, firmará igualmente la orden de desembarco de marinos en cualquier parte de la América en donde haya que proteger inversiones de Wall Street.

De ningún mal salvará a Europa el Plan Hoover. Como tampoco salvará a América, si prosperara la iniciativa de algunos crédulos que andan por allí coreando los beneficios de la gran idea del Presidente Hoover. Plan Hoover para Europa que adeuda sumas por empréstitos de guerra y Plan Hoover para la América que las adeuda por empréstitos que se han llevado el suelo y las aduanas y las industrias, y los medios de transporte y la libertad, en nada ayudan ni ninguna fe despiertan. Los Estados Unidos no miran sino a su propia prosperi-

dad. Mientras ella no esté amenazada, no asoma la voz que clame por el medio de llevar el sostén. En las campañas de higienización que emprenden en estos pueblos está muy claro el móvil egoísta y de puro cálculo que ponen los hombres de esa nación. Si hay industria de norteamericanos que salvar de la ruina por la enfermedad y la muerte de las plagas; si hay líneas de vapores que mantener en tráfico constante con puertos de gran movimiento, entonces aparece la higienización que deseca pantanos, que mata ratas. Mientras el peligro no parezca extenderse a la seguridad de los intereses yanquis en cualquier parte del mundo, no hay planes, ni empeños por sacar de congojas a ningún pueblo. La seguridad ante todo, dicen ellos, pero es la seguridad de los Estados Unidos, no la de nación que no tenga que relacionarse con ellos.

Por eso no nos mueve a grandes ni a pequeñas alegrías el Plan que han bautizado con el nombre del Presidente de los Estados Unidos. Y mucho menos podemos resignarnos a ver indiferentes el pensamiento de quienes piensan pedir a ese genial Presidente que nos haga un Plan, que se lo haga a las naciones de América que llenas de deudas y de miseria por causa de esas deudas, se mueren en un mundo estúpido y sin sentido. Si algo habría que pedir, y estando en pie todos los pueblos de América, sería que se impidiera a los banqueros yanquis que emprestaran un solo céntimo a la América. Cuando se formulara ese Plan, cuando un Presidente de los Estados Unidos tuviera el ánimo que da majestad a los hechos humanos, para formular un plan así, entonces sí nos llenaríamos de fuerza para proclamar que ese Presidente merecía el respeto y hasta la veneración de la América. Mientras tanto, nada de algarazas periodísticas, nada de subir a nuestros hombres públicos a la tarima que simula estatura, a decir que las ideas egoístas de un Presidente al servicio de la plutocracia yanqui, son una de las maravillas de la época.

Juan del Camino

Cartago y julio de 1931.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA